

¡Escucha México!

Habla Benedicto XVI
a los obispos y al pueblo de México



© Servizio Fotografico de L'Osservatore Romano

Presentación e introducción por:

Mons. Arturo Szymanski, arzobispo emérito de San Luis Potosí;

Mons. Mario De Gasperín, obispo de Querétaro,

Jesús Colina, director de la agencia de noticias católica Zenit

y Jaime Septién, director del periódico El Observador



El Observador

DE LA ACTUALIDAD

PERIODISMO CATÓLICO



El Observador
DE LA ACTUALIDAD
PERIODISMO CATÓLICO

¡Escucha México!

Santiago de Querétaro, Qro. Octubre 2005

Zenit / El Observador
Tels. (442) 214-1842 / 224-1454
01-800-253-3501
zenit.org / elobservadorenlina.com
libros@elobservadorenlina.com

Edición y diseño
Rogelio Hernández Murillo

ÍNDICE

Presentación	4
--------------------	---

INTRODUCCIÓN

El mensaje del Papa Benedicto XVI	6
Benedicto XVI y México	8
El objetivo de Benedicto XVI	11
Hace mucha falta la prensa católica: Benedicto XVI	13

Discursos de S.S. Benedicto XVI

a los cuatro grupos de obispos en la «visita ad limina»

I. Propuesta para México en «proceso de transición»	15
II. México ante el reto de «transformar sus estructuras sociales»	19
III. Ante un mundo tan cambiante, «valorar las realidades temporales para iluminarlas desde la fe»	22
IV. Prestar una especial atención a los más desprotegidos y pobres	26

Palabras de S.S. Benedicto XVI al recibir las cartas credenciales del nuevo embajador de México anta la Santa Sede

V. Por una auténtica libertad religiosa en México	30
---	----

PRESENTACIÓN

Conviví unos días en Roma con un amigo periodista deseoso de hacer llegar, «a lo católico», datos de la «Visita ad limina» de los obispos mexicanos.

Estando el Santo Padre Benedicto XVI en Castel Gandolfo fui llamado a entrevistarme con él y me hice acompañar por el periodista en cuestión, Jaime Septién.

Jaime, hijo de amigos míos entrañables, a quien recuerdo en tiempos lejanos como un chiquillo de pelo rubio siempre despeinado, nariz aguileña y siempre inquieto, hoy hombre maduro, esposo y padre cristiano, escuchó con atención las palabras dichas a él por el Papa cuando se lo presenté como periodista católico, y que seguramente serán un aliciente para su vida de católico y periodista. En Roma a una con él tuve ocasión de conocer, como en un flachazo en un encuentro de pocos minutos, a Jesús Colina, español y periodista que labora en conjunto con Jaime.

Ellos me parecieron México y España nuestros países como deben ser y, curioso, son periodistas de dos nacionalidades que, aunque le pese a más de uno, quieren hacer periodismo del bueno, sin engaños y sincero, yendo más allá de lo que diga el jefe del medio y con ganas de decir lo que Cristo, nuestro Jefe, les pide. Dos periodistas a mi juicio como deberían ser los del oficio en todo el mundo cristiano.

Al prologar este texto que más allá de otra cosa, sé que quiere ser promovido por estos dos periodistas fieles a nuestra fe y darle al pueblo católico lo que su «Jefe Cristo» les dice por medio de la voz de su «Vicario en la tierra», los veo cumpliendo su misión de poner en manos de los lectores lo que el Papa dijo a los obispos mexicanos que fuimos a Roma en cuatro grupos.

Ánimo Jaime y Jesús, que fieles a la fe de sus queridos padres de dos grandes pueblos España y México, presentan íntegro lo que nuestro Pastor Benedicto XVI ha dicho al pueblo mexicano por medio de sus obispos.

Mi deseo: Ojalá que quienes lean los «Discursos del Papa a los obispos de México en Visita Ad limina», presentados por estos dos jóvenes periodistas católicos, sepan sacar provecho de este librito que no es para leerse y dejarse, ni para guardarlo en la biblioteca, sino para vivirse y hacer un movimiento de catolicidad en todo el sentido de la palabra, sin doblesces y viviendo la fe que decimos profesar, pues como nos dice el Papa Benedicto citando al Concilio Vaticano II: «La separación entre la fe que profesan y la vida cotidiana de muchos, debe ser considerada como uno de los errores más graves de nuestro tiempo» (Gaudium et Spes 43).

Jaime y Jesús, sigan por este camino que auguro hará mucho bien a sus semejantes y acicateará a más de algún periodista católico, perdido en el anonimato, a hacer la prensa buena que se merece nuestro pueblo tan querido.

+Arturo A. Szymanski R.

Arzobispo Emérito de San Luis Potosí

El mensaje del Papa Benedicto XVI

La sociedad actual cuestiona y observa a la Iglesia, exigiendo coherencia e intrepidez en la fe, afirma el Papa Benedicto en el mensaje dirigido al primer grupo de obispos mexicanos durante la reciente visita ad limina apostolorum. Exige, continúa el Pontífice, signos visibles de credibilidad como el testimonio de vida, la unidad de los creyentes, el servicio a los pobres y la incansable promoción de su dignidad. Se está refiriendo a la iglesia en su totalidad, pastores y fieles, recordando que la separación entre la fe que profesan y la vida cotidiana de muchos debe ser considerada como uno de los errores más graves de nuestro tiempo, según el Concilio (GS, 43). Innumerables son entre nosotros los católicos indiferentes a los valores del Evangelio, inducidos a comportamientos contrarios a la visión cristiana de la vida. Este es nuestro más grave error, nuestro pecado original, nuestro pecado capital.

De aquí arrancan, dice el Papa, la incoherencia que nos limita y oprime y que se refleja en todos los ámbitos de la vida, convirtiéndonos en una sociedad llena de contradicciones: exaltamos a la mujer y la sometemos; celebramos la fiesta y la hacemos terminar en tragedia; nos proclamamos guadalupanos y marginamos al interlocutor privilegiado de María, al indígena; reclamamos respeto a la dignidad del migrante y somos crueles con quienes se cruzan nuestras fronteras; gritamos que viva México y lo sembramos de muerte, de violencia y de total irrespeto por la vida humana. Ya Juan Pablo II nos lo había dicho desde su primera visita a México, pero -otra contradicción más- al Papa lo aplaudimos pero no lo obedecemos.

El Papa Benedicto pone el dedo en la llaga: No se puede ser cristiano -ni hombre- donde campea la corrupción, la impunidad, la infiltración del narcotráfico y del crimen organizado que llevan al desprecio del valor inviolable de la vida. Ahora, sólo falta que lo queramos escuchar y nos dejemos curar: México tiene ante sí el reto de transformar sus estructuras sociales para que sean más acordes con la dignidad de la persona y sus derechos fundamentales. ¿Qué les molestó de esto a los que protestaron? Y prosigue: a esta tarea están llamados a colaborar los católicos, que constituyen aún la mayor parte de la población, descubriendo su

compromiso de fe y el sentido unitario de su presencia en el mundo. ¿Dónde está la intromisión? Aquí está nada menos que el cumplimiento de una misión y de una tarea: la del Papa de advertir y señalar, la de los católicos de obedecer y cumplir.

La sociedad mira a la Iglesia y le exige coherencia e intrepidez. Muy bien. Y el supremo Pastor de la Iglesia, esclarecido con el análisis de los obispos mexicanos, mira a nuestra sociedad formada mayoritariamente por católicos, y nos pide coherencia y valentía. Aquí tenemos que ir de la mano y cerrar filas. A quienes rigen la cosa pública sólo se les pide una cosa: libertad. Lo dice el Papa: Un Estado moderno ha de servir y proteger la libertad de los ciudadanos y también la práctica religiosa que ellos elijan, sin ningún tipo de restricción o coacción, teniendo presente que no se trata de un derecho de la Iglesia como institución, se trata de un derecho humano de cada persona, de cada pueblo y de cada nación, como advirtió recientemente el Episcopado mexicano. ¿De verdad nos entienden? Y concluye el Papa a nuestro embajador: Ante el creciente laicismo, que pretende reducir la vida religiosa de los ciudadanos a la esfera privada, sin ninguna manifestación en la vida social y pública, la Iglesia sabe muy bien que el mensaje cristiano refuerza e ilumina los principios básicos de la convivencia, como el don sagrado de la vida, la dignidad de la persona junto con la igualdad y la inviolabilidad de sus derechos, el valor irrenunciable del matrimonio y de la familia que no se pueden equiparar ni confundir con otras formas de uniones humanas.

Aunque el panorama nacional no es halagador, el Papa y los obispos creemos en la esperanza y en la alegría: El pueblo mexicano, rico por sus culturas, historia, tradiciones y religiosidad, se caracteriza por su alegría y un profundo sentido de la fiesta. Ésta es una de las muestras del júbilo cristiano ya desde la primera evangelización, que da gran expresividad a las celebraciones y manifestaciones de la religiosidad popular.

Corresponde a los Pastores orientar esta peculiaridad tan común a los fieles mexicanos hacia una fe sólida y madura, capaz de modelar una conducta de vida coherente con lo que se profesa con alegría. ¡Que nadie, pues, nos arrebathe nuestra alegría, la cristiana!

+Mario De Gasperín Gasperín

Obispo de Querétaro

Benedicto XVI y México

Jesús Colina

Cuando el cardenal chileno Jorge Arturo Medina apareció en el balcón de la Basílica de San Pedro el 19 de abril para anunciar el nombre del sucesor de Juan Pablo II era más que evidente el enorme fardo que recaería sobre los hombros del elegido. Joseph Ratzinger tomaba el relevo dejado por el pontificado de los records. Un desafío que parecía inhumano para cualquier cardenal. Surgía, entre otras, una pregunta espontánea: ¿cómo será la relación de Benedicto XVI con México?

La historia de Karol Wojtyła con el segundo país del mundo en número de católicos fue una historia de amor apasionado. Se enamoró del país de la Virgen Morenita en su primer viaje apostólico internacional a inicios de 1979. En esa peregrinación, como reconocería más tarde, descubrió la importancia del ministerio itinerante por los cuatro rincones del planeta que caracterizaría su pontificado. Ese amor del Papa polaco por México culminaría en su última visita, entre julio y agosto de 2002, para canonizar a Juan Diego. Y la respuesta de México fue incontenible, visita tras visita, hasta sus últimos días de enfermedad en que la población entera siguió último respiro con el corazón en el puño.

Si el ministerio del «Papa viajero» comenzó en México, el ministerio del «Papa del diálogo», como empieza a caracterizarse el de Benedicto XVI, ha comenzado con la visita «ad limina apostolorum» de los obispos de México.

Durante todo el mes de septiembre el Papa bávaro ha ido encontrándose en audiencias totalmente privadas con los 115 obispos mexicanos residenciales y auxiliares en la residencia pontificia de Castel Gandolfo. Han sido encuentros cara a cara en los que, según han explicado los prelados más tarde, el sucesor de Pedro sobre todo ha escuchado.

Les ha hecho preguntas sobre las alegrías y tristezas de su gente: sobre el flagelo del narcotráfico; sobre el drama de la emigración que

en muchos casos separa a esposas de sus esposos, a padres de hijos; sobre las dificultades de las familias para permanecer unidas en una sociedad que está perdiendo sus puntos de referencia; sobre sus dificultades económicas; sobre esa fe desbordante y espontánea que admira del pueblo de México, pero que sin embargo enfrenta el avance de la secularización y de otras confesiones, con frecuencia sectas.

Esas conversaciones de basaban en los informes que los preladados habían preparado con esmero antes de venir a Roma con motivo de esta visita que tiene carácter quinquenal. Se puede decir, por tanto, que Benedicto XVI ha comenzado su pontificado sumergiéndose en México, en la vida de la Iglesia de México, a pesar de que un océano se le haya puesto todavía de por medio.

Por si fuera poco, este mes «mexicano» del Santo Padre quedó marcado también por la presentación de las cartas credenciales del nuevo embajador de la República Mexicana ante la Santa Sede, Luis Felipe Bravo Mena. Una oportunidad obligada para hacer un balance sobre las actuales relaciones Iglesia-Estado.

En el discurso que con ese motivo dirigió al representante en Roma de Los Pinos, y en los cuatro que redactó al concluir la visita de los diferentes grupos de obispos, el nuevo Papa condensa con toques inconfundibles de su pluma sus sueños para la Iglesia en México de inicios de milenio.

Juan Pablo II era el Papa de los gestos, Benedicto XVI es el Papa de la palabra, y cada una de las palabras de estos discursos que aquí se presentan está medida con una balanza romana.

En sus palabras al representante del presidente Vicente Fox afronta la cuestión central de la laicidad con una propuesta que busca dejar atrás las tensiones que en el último siglo llegaron incluso a derramar de sangre tierras mexicanas. Se podría decir que nunca como ahora las relaciones entre México y la Santa Sede son tan armónicas. En este sentido, este discurso quiere llegar a la madurez: «un Estado democrático laico es aquel que protege la práctica religiosa de sus ciudadanos, sin preferencias ni rechazos», propone.

«Por otra parte, la Iglesia considera que en las sociedades

modernas y democráticas puede y debe haber plena libertad religiosa», afirma haciéndose eco del recientemente comunicado del episcopado mexicano que lleva por título «Por una auténtica libertad religiosa en México» (10 de agosto de 2005).

En ese mismo discurso demuestra que el Papa no deja a un lado temas espinosos, como el del matrimonio y la familia —«que no se puede equiparar ni confundir con otras formas de uniones humanas»— o como el del narcotráfico y sus causas.

En estos discursos se pueden percibir, casi como si el lector hubiera participado en esos encuentros de Castel Gandolfo, las preocupaciones más agudas del Papa por México, entre las que destacan las poblaciones indígenas: «¡México necesita a sus indígenas y los indígenas necesitan a México!». Hasta hablar de las próximas elecciones de 2006, que «representan una oportunidad y un desafío para consolidar los significativos avances en la democratización del país».

Por otra parte, las alocuciones a los obispos mexicanos plantean los grandes retos que afronta el cristianismo en este país, en el que el 90% de sus habitantes está bautizado en el seno de la Iglesia católica.

Les llama a iluminar con la luz del Evangelio los anhelos de tantos mexicanos y mexicanas que buscan construir una sociedad justa y respetuosa de los derechos humanos. Constata con tristeza que la incoherencia entre fe y vida de muchos católicos que genera estructuras sociales injustas. Denuncia la situación de indefensión de muchos migrantes mexicanos y la ha presentado como una prioridad pastoral para la Iglesia en ambos países&

En estos discursos se encuentra plasmado de manera sintética el programa de la Iglesia en México para el resto de la primera década de este siglo. Como decía un obispo amigo, a Juan Pablo II se le iba a ver, a Benedicto XVI se le va a escuchar. ¿Le escucharán los católicos mexicanos? De esto depende el futuro del Evangelio en las tierras guadalupanas, en el resto del continente y en otros países del mundo pues, aunque sólo sea por razones demográficas, México está llamado a convertirse en misionero.

El objetivo de Benedicto XVI

Jaime Septién

Este mes de septiembre ha sido fecundo en discursos del Santo Padre a México. La visita *ad limina* de los obispos, la entrega de cartas credenciales del nuevo embajador ante la Santa Sede y la cobertura periodística que ha dado a estos acontecimientos *Zenit-El Observador*-cobertura nunca antes experimentada en la prensa católica del país han contribuido a diseminar el mensaje del Papa a los mexicanos, mensaje que podría resumirse así: o son fieles al Evangelio o las estructuras de pecado se irán imponiendo sobre ustedes, hasta dejarlos sin identidad, sin armonía, sin desarrollo, sin Dios y sin futuro.

El objetivo de Benedicto XVI, rápidamente calificado de «ingenuidad en los asuntos internos» por los francotiradores de siempre, es muy sencillo: que en nuestro país exista una cosa tan olvidada como es la congruencia: si 88 por ciento de los mexicanos nos confesamos miembros de la fe católica, ¿por qué el crecimiento brutal del narcotráfico, la violencia, la corrupción, el secuestro, la discriminación, la migración, la pobreza y el desamparo de millones de mexicanos?

Por unos cuantos laicistas radicales, liberales jacobinos, masones de tres al cuarto, que han tenido el poder político o el poder mediático, los católicos nos hemos dejado arrasar en nuestras creencias, arrinconar y humillar en nuestra fe y mutilar en nuestro derecho a profesar en público lo que creemos. Con un grito de un partiducho de rompe y rasga, ya estamos repitiendo (como pericos) la cancioncita de que «la Iglesia nada tiene que hacer en la vida política y lo mejor que pueden hacer los mochos es meterse al templo a rezar y venerar al santo patrono de la localidad».

Y, de pronto, viene Benedicto XVI y nos sacude con ese tono tan fino, tan apegado al Evangelio, tan de Jesucristo: el que dice amar a Dios a quien no ve y no ama a su hermano al que sí ve, ése es un hipócrita. Mal que nos pese, nos hemos ido convirtiendo en un país de hipócritas indiferentes al dolor del prójimo.

Si no es así: ¿por qué aumenta la pobreza; la corrupción, el abandono de miles de familias que solamente en el Norte ven una esperanza? No somos ni frío ni calor; somos, a la vista de los resultados, una comunidad de mediocres. Y Jesús abominaba de los mediocres, los vomitaba y los sigue vomitando copiosamente.

He tenido el privilegio de estar con el Papa; de saludarlo, de intercambiar breves palabras con él. He platicado con multitud de obispos que lo están visitando este mes, con funcionarios del Vaticano, con políticos y dignatarios italianos, con profesores y académicos mexicanos en Roma... La conclusión es la misma: el sucesor de Juan Pablo II no se anda ni se andará por las ramas; va a profundizar en la liturgia, va a relanzar la oración, va a imponer una seriedad absoluta a la teología, sí, pero sobre todo, le va a devolver a los católicos su dimensión profética, le va a recordar a los creyentes que una fe que no se hace obras es una fe muerta o, en todo caso, moribunda.

México ocupa un lugar especial en el catolicismo del Tercer Milenio. Al Papa le gustaría vernos a la altura de las circunstancias. Es decir, a la altura de la responsabilidad del «hecho guadalupano». No, desde luego, ocupando lugares de postín en cuanto a corrupción, secuestro, desigualdad...

Hace mucha falta la prensa católica: Benedicto XVI

Castel Gandolfo. Lunes 12 de septiembre 2005. (Zenit.org / El Observador) «Hace falta a la Iglesia el trabajo de los periodistas católicos y la prensa católica» ha dicho hoy el Papa Benedicto XVI al periodista mexicano Jaime Septién, Director de El Observador y corresponsal de Zenit en México, América Central y áreas hispanas de Estados Unidos.

En el marco de la visita «ad limina apostolorum» que realizan los obispos mexicanos al Papa, hoy tocó el turno a parte de los obispos sufragáneos de San Luis Potosí y de Morelia, concretamente Tacámbaro, Apatzingán, Zamora y San Luis Potosí, con el arzobispo Luis Morales Reyes y el arzobispo emérito Arturo Antonio Szymanski Ramírez.

Acompañando a éste último, el director de El Observador y corresponsal de Zenit refirió la presencia de un Papa «afable, cariñoso, humano, preocupado por la prensa católica y por todos aquellos que hemos apostado por la fidelidad a la Iglesia como parte esencial de nuestra vocación».

«Al referirle la tarea que desempeñamos en El Observador y Zenit, el Santo Padre fue muy directo al decirme que la Iglesia necesita mucho de nuestro trabajo y que él, en lo personal, nos agradecía el servicio que prestábamos a través de la comunicación para la difusión del Evangelio», añadió Septién.

«La visita fue muy corta, pero extraordinariamente precisa -dijo Septién—, pues pude poner a disposición de Benedicto XVI a todos los que estamos comprometidos con esta grande empresa que es el periodismo católico; salgo con un espíritu renovado, lleno de cariño por el Santo Padre en quien vi a un pastor de almas, una mirada transparente, una sonrisa maravillosa y una fuerza que me hacen augurar que, una vez más, se equivocan todos aquellos colegas periodistas que definían este papado como un período de transición».

Los obispos que visitaron al Papa el día de hoy, coincidieron en

señalar que Benedicto XVI posee un trato finísimo, un don de gentes extraordinario y una capacidad de escucha que hace sentirlo muy cercano a las diócesis de México.

Uno de ellos -el arzobispo de San Luis Potosí, Luis Morales Reyes- confesó que le pidió al Papa «una tarea: que haga una encíclica sobre la oración; a lo que el Santo Padre respondió que ya eran varias las peticiones que le hacían sobre ello», dijo.

Finalmente, Septián recordó que al finalizar el encuentro, el Papa le invitó a seguir trabajando en este campo «y volvió a repetir que me agradecía mi labor y la de los que trabajaban en los medios católicos».

I. Propuesta de Benedicto XVI para México en «proceso de transición»

Queridos Hermanos en el Episcopado:

Os manifiesto mi profunda alegría al recibirlos, con motivo de la visita «ad Limina» para venerar los sepulcros de los Apóstoles Pedro y Pablo y acrecentar también los lazos de comunión con el Sucesor de Pedro. Agradezco las palabras que Monseñor José Fernández Arteaga, Arzobispo de Chihuahua, me ha dirigido en nombre de todos vosotros, Pastores de las provincias eclesiásticas de Chihuahua, Durango, Guadalajara y Hermosillo. Deseo ahora reflexionar sobre algunos puntos de especial interés para la Iglesia que peregrina en México.

Los momentos de encuentro entre los Obispos son una valiosa ocasión para vivir y profundizar la unidad. En este sentido, la Conferencia del Episcopado Mexicano también está llamada a ser un signo vivo de la comunión eclesial, orientada a facilitar el ministerio de los Obispos y fortalecer la colegialidad. Hoy más que nunca es necesario aunar fuerzas e intercambiar experiencias pues, como ha puesto de relieve el Concilio Vaticano II, «los Obispos a menudo no pueden desempeñar su función adecuada y eficazmente si no realizan su trabajo de mutuo acuerdo y con mayor coordinación, en unión cada vez más estrecha con otros Obispos» («Christus Dominus», 37). Los aliento, por tanto, a proseguir por este camino de comunión de cara a una acción más eficaz y fructífera.

La nación mexicana ha surgido como encuentro de pueblos y culturas cuya fisonomía ha quedado marcada por la presencia viva de Jesucristo y la mediación de María, «Madre del Verdadero Dios por quien se vive» («Nican Mopohua»). La riqueza del «Acontecimiento Guadalupano» unió en una realidad nueva a personas, historias y culturas diferentes, a través de las cuales México ha ido madurando su identidad y su misión.

Hoy México vive un proceso de transición caracterizado por la aparición de grupos que, a veces de manera más o menos ordenada,

buscan nuevos espacios de participación y representación. Muchos de ellos propugnan con particular fuerza la reivindicación en favor de los pobres y de los excluidos del desarrollo, particularmente de los indígenas. Los profundos anhelos de consolidar una cultura y unas instituciones democráticas, económicas y sociales que reconozcan los derechos humanos y los valores culturales del pueblo, deben encontrar un eco y una respuesta iluminadora en la acción pastoral de la Iglesia.

La preparación al Gran Jubileo contribuyó a que los católicos mexicanos conocieran, aceptaran y amaran su historia como pueblo y como comunidad creyente. Deseo recordar aquí la exhortación de mi predecesor: «Es necesaria, para cada uno y para los pueblos, una especie de purificación de la memoria, a fin de que los males del pasado no vuelvan a producirse más. No se trata de olvidar todo lo que ha sucedido, sino de releerlo con sentimientos nuevos, aprendiendo, precisamente de las experiencias sufridas, que sólo el amor construye, mientras el odio produce destrucción y ruina» (Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 3, 1 enero 1997).

Se trata de un reto que requiere una formación integral, en todos los ámbitos de la Iglesia, que ayude a cada fiel a vivir el Evangelio en las diversas dimensiones de la vida. Sólo así se puede dar razón de la propia esperanza (cf. 1 P. 3.15). Las formas tradicionales de vivir la fe, transmitidas de manera sincera y espontánea a través de las costumbres y enseñanzas familiares, han de madurar en una opción personal y comunitaria. Esta formación es particularmente necesaria para los jóvenes que, al dejar de frecuentar la comunidad eclesial tras los sacramentos de iniciación, se encuentran ante una sociedad marcada por un creciente pluralismo cultural y religioso. Además, se enfrentan, a veces muy solos y como desorientados, a corrientes de pensamiento según las cuales, sin necesidad de Dios e incluso contra Dios, el hombre alcanza su plenitud a través del poder tecnológico, político y económico. Por eso se ve la necesidad de acompañar a los jóvenes y convocarlos con entusiasmo para que, integrados de nuevo en la comunidad eclesial, asuman el compromiso de transformar la sociedad como exigencia fundamental del seguimiento de Cristo.

Asimismo, las familias requieren un acompañamiento adecuado para poder descubrir y vivir su dimensión de «iglesia doméstica». El padre y la madre necesitan recibir una formación que les ayude a ser los primeros evangelizadores de sus hijos; sólo así podrán realizarse como la primera escuela de la vida y de la fe. Pero el solo conocimiento de los contenidos de la fe no suple jamás la experiencia del encuentro personal con el Señor. La catequesis en las parroquias y la enseñanza de la religión y de la moral en las escuelas de inspiración cristiana, así como el testimonio vivo de quienes lo han encontrado y lo transmiten, con el fin de suscitar el anhelo de seguirlo y servirlo con todo el corazón y toda el alma, deben favorecer esta experiencia de conocimiento y de encuentro con Cristo.

Una manifestación de la riqueza eclesial es la existencia de más de cuatrocientos Institutos de vida consagrada, sobre todo de mujeres y muchos de ellos fundados en México, que evangelizan en todo el país y en los diversos ambientes, culturas y lugares. Muchos de ellos están dedicados a todos los niveles de la educación, particularmente en algunas universidades; otros trabajan entre los más pobres uniendo la evangelización y la promoción humana; en hospitales; en medios de comunicación social; en el campo del arte y las humanidades; acompañando en la formación espiritual y profesional a profesionales del mundo de la economía y de la empresa. A esto hay que añadir una mayor participación de los fieles laicos a través de diversas iniciativas que ponen de manifiesto su vocación y misión en la sociedad. Hay también una presencia creciente de movimientos laicales nacionales e internacionales que promueven la renovación de la vida matrimonial y familiar, así como una mayor vivencia comunitaria.

La Iglesia en México refleja el pluralismo de la sociedad misma, plasmada en muchas y diversas realidades, algunas muy buenas y prometedoras y otras más complejas. Ante ello, y en el respeto de las realidades locales y regionales, los Obispos han de favorecer unos procesos pastorales orgánicos que den un mayor sentido a las manifestaciones derivadas de una mera tradición o costumbre. Estos procesos han de buscar ante todo integrar las directrices del Concilio con los desafíos pastorales que presentan las

diversas situaciones concretas.

La sociedad actual cuestiona y observa a la Iglesia, exigiendo coherencia e intrepidez en la fe. Signos visibles de credibilidad serán el testimonio de vida, la unidad de los creyentes, el servicio a los pobres y la incansable promoción de su dignidad. En la tarea evangelizadora hay que ser creativos, siempre en fidelidad a la Tradición de la Iglesia y de su magisterio. Por encontrarnos en una nueva cultura marcada por los medios de comunicación social, la Iglesia en México ha de aprovechar, a este respecto, la colaboración de sus fieles, la preparación de tantos hombres de cultura y las oportunidades que las instituciones públicas concedan en materia de dichos medios (cf. Juan Pablo II, «Ecclesia in America», 72). Poner el rostro de Cristo en ese ambiente mediático requiere un serio esfuerzo formativo y apostólico que no puede postergarse, necesitando también para ello la aportación de todos.

Queridos Hermanos: celebramos hoy la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María. Unidos en un solo corazón y una sola alma, os encomiendo bajo sus cuidados maternales, junto con los sacerdotes, comunidades religiosas y fieles de vuestras diócesis. Llevadles a todos el saludo y la expresión de amor del Papa, a la vez que os imparto con afecto mi Bendición Apostólica.

Castel Gandolfo, jueves, 8 septiembre 2005

Discurso al primer grupo de obispos mexicanos en «visita ad limina»

II. México ante el reto de «transformar sus estructuras sociales»

Queridos hermanos en el Episcopado:

Me llena de gran gozo recibirlos con ocasión de la «visita ad Limina», con la cual manifestáis vuestra comunión y amor al Sucesor de Pedro. Agradezco a Monseñor Alberto Suárez Inda, Arzobispo de Morelia, su cordial saludo en nombre vuestro, Pastores de las circunscripciones eclesiásticas de Monterrey, Morelia y San Luis Potosí.

México tiene ante sí el reto de transformar sus estructuras sociales para que sean más acordes con la dignidad de la persona y sus derechos fundamentales. A esta tarea están llamados a colaborar los católicos, que constituyen aún la mayor parte de su población, descubriendo su compromiso de fe y el sentido unitario de su presencia en el mundo. Pues, de lo contrario, «la separación entre la fe que profesan y la vida cotidiana de muchos debe ser considerada como uno de los errores más graves de nuestro tiempo» («Gaudium et spes», 43).

Sigue siendo motivo de gran preocupación que en algunos ambientes, por el afán de poder, se hayan deteriorado las sanas formas de convivencia y la gestión de la cosa pública, y se hayan incrementado además los fenómenos de la corrupción, impunidad, infiltración del narcotráfico y del crimen organizado. Todo esto lleva a diversas formas de violencia, indiferencia y desprecio del valor inviolable de la vida. A este respecto, en la Exhortación apostólica postsinodal «Ecclesia in America» se denuncian claramente los «pecados sociales» de nuestra época, los cuales ponen de manifiesto «una profunda crisis debido a la pérdida del sentido de Dios y a la ausencia de los principios morales que deben regir la vida de todo hombre. Sin una referencia moral se cae en un afán ilimitado de riqueza y de poder, que ofusca toda visión evangélica de la realidad social» (n. 56).

También en México se vive frecuentemente en una situación de pobreza. En muchos fieles se constata, sin embargo, una fe en Dios, un sentido religioso acompañado de expresiones ricas en humanidad,

hospitalidad, hermandad y solidaridad. Estos valores se ponen en peligro con la migración al extranjero, donde muchos trabajan en condiciones precarias, en un estado de indefensión y afrontando con dificultad un contexto cultural distinto a su idiosincrasia social y religiosa. Donde los emigrantes encuentran buena acogida en una comunidad eclesial, que los acompaña en su inserción en la nueva realidad, este fenómeno es en cierto modo positivo e incluso favorece la evangelización de otras culturas.

Profundizando en el tema de la migración, la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para América ha ayudado a descubrir que, por encima de los factores económicos y sociales, existe una apreciable unidad que viene de una fe común, que favorece la comunión fraterna y solidaria. Esto es fruto de las diversas formas de presencia y de encuentro con Jesucristo vivo, que se han dado y se dan en la historia de América. La movilidad humana, pues, es una prioridad pastoral en las relaciones de cooperación con las Iglesias de Norteamérica.

Muchos bautizados, influenciados por innumerables propuestas de pensamiento y de costumbres, son indiferentes a los valores del Evangelio e incluso se ven inducidos a comportamientos contrarios a la visión cristiana de la vida, lo que dificulta la pertenencia a una comunidad eclesial. Aun confesándose católicos, viven de hecho alejados de la fe, abandonando las prácticas religiosas y perdiendo progresivamente la propia identidad de creyentes, con consecuencias morales y espirituales de diversa índole. Este desafío pastoral os ha movido, queridos Hermanos, a buscar soluciones no sólo para señalar los errores que contienen tales propuestas y defender los contenidos de la fe, sino, sobre todo, para proponer la riqueza trascendental del cristianismo como acontecimiento que da un verdadero sentido a la vida y una capacidad de diálogo, escucha y colaboración con todos.

Todo esto, unido a la actividad de las sectas y de los nuevos grupos religiosos en América, lejos de dejaros indiferentes, ha de estimular a vuestras Iglesias particulares a ofrecer a los fieles una atención religiosa más personalizada, consolidando las estructuras de comunión y proponiendo una religiosidad popular purificada, a fin de

hacer más viva la fe de todos los católicos (cf. *Ibíd.*, 73).

Es una tarea apremiante que se forme de manera responsable la fe de los católicos, para ayudarlos a vivir con alegría y osadía en medio del mundo. «La perspectiva en que debe situarse el camino pastoral es la santidad» («Novo millennio ineunte», 30). Éste es un quehacer prioritario de la evangelización permanente de los bautizados. Por ello, la catequesis, junto con la enseñanza de la religión y de la moral, ha de fundamentar cada vez mejor la experiencia y el conocimiento de Jesucristo a través del testimonio vivo de quienes lo han encontrado, con el fin de suscitar el anhelo de seguirlo y servirlo con todo el corazón y toda el alma. «Sin embargo, es importante que lo que nos proponemos, con la ayuda de Dios, esté fundado en la contemplación y en la oración. El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil del hacer por hacer» (*ibíd.*, 15).

Todo ello implica, en la práctica pastoral, la necesidad de revisar nuestras mentalidades, actitudes y conductas, y ampliar nuestros horizontes, comprometiéndonos a compartir y trabajar con entusiasmo para responder a los grandes interrogantes del hombre de hoy. Como Iglesia misionera, todos estamos llamados a comprender los desafíos que la cultura postmoderna plantea a la nueva evangelización del Continente. El diálogo de la Iglesia con la cultura de nuestro tiempo es vital para la Iglesia misma y para el mundo.

Antes de terminar, pido al Señor que este encuentro consolide vuestra unidad como Pastores de la Iglesia en México. Al mismo tiempo, os ruego que transmitáis mi afectuoso saludo a los sacerdotes, comunidades religiosas, agentes de pastoral y a todos los fieles diocesanos, animándolos a dar siempre auténtico testimonio de vida cristiana en la sociedad actual. A Nuestra Señora y Madre de Guadalupe encomiendo vuestra labor pastoral, a la vez que os imparto complacido mi Bendición Apostólica.

Castel Gandolfo, jueves, 15 septiembre 2005

Discurso al segundo grupo de obispos mexicanos en visita «ad limina»

III. Ante un mundo tan cambiante, «valorar las realidades temporales para iluminarlas desde la fe».

Queridos hermanos en el Episcopado:

Me alegra recibirlos hoy, Pastores de la Iglesia de Dios, venidos desde las sedes metropolitanas de Jalapa, México, Puebla y Tlalnepantla, y de las diócesis sufragáneas, para realizar la visita ad Limina, venerable institución que contribuye a mantener vivos los estrechos vínculos de comunión que unen a cada Obispo con el Sucesor de Pedro. Vuestra presencia aquí me hace sentir también cercanos a los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de vuestras Iglesias particulares. Agradezco las amables palabras del Señor Cardenal Norberto Rivera Carrera, Arzobispo de México, con las que ha expresado vuestro afecto y estima, haciéndome partícipe de las propias inquietudes y proyectos pastorales. A ello correspondo pidiendo al Señor que en vuestras diócesis y en todo México se acreciente siempre la fe, la esperanza, la caridad y el valiente testimonio de todos los cristianos.

Basados en la fuerza de las promesas del Señor y en la asistencia de su Espíritu, estáis llamados, como sucesores de los Apóstoles, a ser los primeros en llevar a cabo la misión confiada por Él a su Iglesia. Tanto individualmente como de manera colegial realizáis un análisis constante de la sociedad mexicana, porque sois conscientes de que el ministerio episcopal os impulsa a valorar las realidades temporales para iluminarlas desde la fe. A este respecto, el Obispo contempla vigilante a los fieles y a toda la sociedad desde la perspectiva del Evangelio. Al escuchar «lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (Ap 2,7), sentís el deber de hacer un sereno discernimiento sobre las diversas circunstancias, las iniciativas o la pasividad, que lamentablemente afecta a veces al pueblo de Dios, sin descuidar tampoco los graves problemas y las aspiraciones más profundas de la sociedad.

El centro de la República Mexicana es la región donde se asentaron los antiguos pueblos indígenas y donde empezó la acción misionera de la Iglesia, extendiéndose a las demás regiones. La vida urbana está marcada por la convivencia de múltiples culturas y costumbres

de sus habitantes. En las grandes ciudades se encuentran importantes centros de la vida económica, universitaria y cultural, así como las instituciones políticas y legislativas, de donde irradian su influencia al resto de la nación. Al mismo tiempo, en ellas la vida es compleja por las diversas clases sociales a las que la pastoral diocesana debe atender sin discriminación, cuidando de manera prioritaria a quienes se encuentran en situación de gran pobreza, soledad o marginación. Todos estos grupos sociales forjan el rostro urbano y constituyen un continuo desafío para la tarea pastoral, cuya planificación debe atender también a los hermanos que emigran, cada vez en mayor número, del ambiente rural al urbano en busca de una vida más digna. Esta realidad, con sus problemas acuciantes, ha de suscitar la sensibilidad de sus Pastores. Como nos recuerda el Concilio Vaticano II, «es necesario, por tanto, conocer y comprender el mundo en el que vivimos, sus expectativas, sus aspiraciones y su índole muchas veces dramática» (*Gaudium et spes*, 4).

En este contexto, el Obispo ha de fomentar y consolidar la comunión, de modo que los fieles se sientan llamados con mayor intensidad hacia la vida comunitaria, haciendo que la Iglesia sea «la casa y la escuela de la comunión» (*Novo millennio ineunte*, 43). La Iglesia será así capaz de responder a las esperanzas del mundo con el testimonio de la experiencia cristiana de unidad. Os animo, pues, en tan delicada tarea, en la cual no se ha de olvidar nunca la comunión cristiana de bienes.

Vuestro ministerio pastoral se ha de dirigir a todos, tanto a los fieles que participan activamente en la vida de la comunidad diocesana como a las personas que se han alejado y que buscan el sentido de la propia vida. Por eso os invito a proseguir sin desaliento en la función de enseñar y anunciar a los hombres el Evangelio de Cristo (cf. *Christus Dominus*, 11). El Obispo, al proponer la Palabra de Dios para iluminar la conciencia de los fieles, ha de hacerlo con un lenguaje y una forma apropiada a nuestro tiempo, «que dé una respuesta a las dificultades y problemas que más oprimen y angustian a los hombres» (ibíd. 13). En la sociedad actual, que da muestras tan visibles de secularismo, no debemos caer en el desánimo ni en la falta de entusiasmo en los

proyectos pastorales. Recordad que el Espíritu os da las fuerzas necesarias. Tened confianza en Él, que es «Señor y dador de vida».

Los sacerdotes son los estrechos colaboradores en vuestro ministerio pastoral. Ellos participan de vuestra importantísima misión y, además, «en la celebración de todos los sacramentos, los presbíteros están unidos jerárquicamente con su obispo de diversas maneras. Así lo hacen presente, en cierto sentido, en cada una de las comunidades de los fieles» (*Presbyterorum Ordinis*, 5). Tenéis que dedicar los mejores desvelos y energías a los sacerdotes. Por eso os aliento a estar siempre cerca de cada uno, a mantener con ellos una relación de amistad sacerdotal, al estilo del Buen Pastor. Ayudadles a ser hombres de oración asidua, tanto en el silencio contemplativo que nos aleja del ruido y de la dispersión de las múltiples actividades, como en la celebración devota y diaria de la Eucaristía y de la Liturgia de las Horas, que la Iglesia les ha encomendado para bien de todo el Cuerpo de Cristo. La oración del sacerdote es una exigencia de su ministerio pastoral, porque para la comunidad es imprescindible el testimonio del sacerdote orante, que proclama la trascendencia y se sumerge en el misterio de Dios. Preocupaos por la situación particular de cada sacerdote animándolo a proseguir con gozo y esperanza por el camino de la santidad sacerdotal, ofreciéndole la ayuda que necesite y fomentando también la fraternidad entre ellos. Que a ninguno le falten los medios necesarios para vivir dignamente su sublime vocación y ministerio. Cuidad también con particular esmero la formación de los seminaristas y promoved con entusiasmo la pastoral vocacional.

Ante un panorama cambiante y complejo como el actual, la virtud de la esperanza está sometida a dura prueba en la comunidad de los creyentes. Por eso mismo hemos de ser apóstoles esperanzados, que confían con alegría en las promesas de Dios. Él nunca abandona a su pueblo, sino que lo llama a conversión para que su Reino se haga realidad. Reino de Dios quiere decir no sólo que Dios existe y vive, sino que está presente y actúa en el mundo. Es la realidad más íntima y decisiva en cada acto de la vida humana, en cada momento de la historia. El diseño y realización de los programas pastorales deben reflejar, pues, esta confianza en la presencia amorosa de Dios en el

mundo. Esto ayudará a los laicos católicos a ser capaces de afrontar el creciente secularismo y participar de manera responsable en los asuntos temporales, iluminados por la Doctrina Social de la Iglesia.

Queridos Hermanos, una vez más os aseguro mi profunda comunión en la oración, con una firme esperanza en el futuro de vuestras diócesis, en las que se manifiesta una gran vitalidad. Que el Señor os conceda la alegría de servirlo, guiando en su nombre a las Iglesias diocesanas que se os han confiado. Que Nuestra Señora de Guadalupe, Reina y Madre de México, os acompañe y proteja siempre. A vosotros y a vuestros fieles diocesanos imparto con gran afecto la Bendición Apostólica.

Ciudad del Vaticano, viernes, 23 septiembre 2005

Discurso al tercer grupo de obispos mexicanos en visita «ad limina»

IV. Prestar una especial atención a los más desprotegidos y pobres

Queridos Hermanos en el Episcopado:

Me complace recibirlos con ocasión de la «visita ad Limina», saludaros a todos juntos y alentaros en la esperanza, tan necesaria para el ministerio que generosamente ejercéis en las respectivas arquidiócesis y diócesis de las provincias eclesíásticas de Acapulco, Antequera y Yucatán. Agradezco las palabras que me ha dirigido el Señor Cardenal Juan Sandoval Íñiguez, Arzobispo de Guadalajara, expresando vuestra adhesión y sincero afecto. En esto reflejáis también el profundo espíritu religioso del pueblo mexicano y el gran aprecio de vuestras comunidades por el Papa. Llevadles mi saludo agradecido, recordando que las tengo muy presentes en la oración.

Con la peregrinación a las tumbas de los Apóstoles Pedro y Pablo habéis tenido oportunidad de robustecer los lazos que unen vuestro ministerio a la misión encomendada por Cristo a los Doce e inspiraros en su ejemplo de abnegada entrega a la evangelización de todos los pueblos. En éste y los demás encuentros con la Curia Romana se hace patente y efectiva la comunión con la Sede de Pedro y la solicitud de todos los Obispos por la Iglesia universal (cf. «Lumen gentium», 23).

«El Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20,28). Con estas palabras, el Señor nos ha enseñado cómo ejercer nuestra misión. De la íntima comunión con Él brota espontáneamente la participación en su amor a los hombres, haciendo llevadero incluso lo gravoso. Ella da alegría al servicio y lo hace fructificar. Lo esencial de nuestro ministerio es, pues, la unión personal con Cristo. Él nos enseña que la vida plena no está en el éxito (cf. Mt 16,25), sino en el amor y la entrega a los demás. El que trabaja por Cristo sabe, además, que «uno siembra y el otro siega» (Jn 4,37).

La función episcopal de enseñar consiste en la transmisión del

Evangelio de Cristo, con sus valores morales y religiosos, considerando las diversas realidades y aspiraciones que surgen en la sociedad contemporánea, cuya situación deben conocer bien los Pastores. «Es importante hacer un gran esfuerzo para explicar adecuadamente los motivos de las posiciones de la Iglesia, subrayando sobre todo que no se trata de imponer a los no creyentes una perspectiva de fe, sino de interpretar y defender los valores radicados en la naturaleza misma del ser humano» («Novo millennio ineunte», 51).

Al mismo tiempo, los Pastores de la Iglesia en México han de prestar una especial atención, como se hacía en las primeras comunidades cristianas, a los grupos más desprotegidos y a los pobres. Ellos siguen siendo un amplio sector de la población nacional, víctimas a veces de estructuras insuficientes e inaceptables. Desde el Evangelio, la respuesta adecuada es promover la solidaridad y la paz, que hagan realmente posible la justicia. Por eso la Iglesia trata de colaborar eficazmente para erradicar cualquier forma de marginación, orientando a los cristianos a practicar la justicia y el amor. En este sentido, animad a quienes disponen de más recursos a compartirlos, como nos exhorta el mismo Cristo, con los hermanos más necesitados (cf. Mt 25,35-40). Es necesario no sólo aliviar las necesidades más graves, sino que se ha de ir a sus raíces, proponiendo medidas que den a las estructuras sociales, políticas y económicas una configuración más ecuánime y solidaria. Así la caridad estará al servicio de la cultura, de la política, de la economía y de la familia, convirtiéndose en cimiento de un auténtico desarrollo humano y comunitario (cf. «Novo millennio ineunte», 51).

El pueblo mexicano, rico por sus culturas, historia, tradiciones y religiosidad, se caracteriza por su alegría y un profundo sentido de la fiesta. Ésta es una de las muestras del júbilo cristiano ya desde la primera evangelización, que da gran expresividad a las celebraciones y manifestaciones de la religiosidad popular. Corresponde a los Pastores orientar esta peculiaridad tan común en los fieles mexicanos hacia una fe sólida y madura, capaz de modelar una conducta de vida coherente con lo que se profesa con alegría. Ello avivará también el creciente impulso misionero de los mexicanos, que responden al

mandato del Señor: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes» (Mt 28,19; cf. «Ecclesia in America», 74).

En México, donde se manifiesta tantas veces el «genio» de la mujer, que asegura una fina sensibilidad por el ser humano (cf. «Mulieris dignitatem», 30) en la familia, en las comunidades eclesiales, en la asistencia social y en otros campos de la vida ciudadana, se da a veces la paradoja de una exaltación teórica y una depreciación práctica o discriminatoria de la misma. Por eso, tomando ejemplo de la delicadeza y respeto que Jesús mostró hacia ellas, sigue siendo un desafío de nuestro tiempo cambiar de mentalidad, para que sean tratadas con plena dignidad en todos los ambientes y se proteja también su insustituible misión de ser madres y primeras educadoras de los hijos.

Además, hoy es una tarea importante la pastoral con los jóvenes. Ellos, con sus preguntas e inquietudes y también con la alegría de su fe, siguen siendo para nosotros un estímulo en nuestro ministerio. En muchos de ellos existe el falso concepto de que comprometerse o tomar decisiones definitivas hace perder la libertad. Conviene recordarles, en cambio, que el hombre se hace libre cuando se compromete incondicionalmente con la verdad y el bien. Sólo así es posible encontrar un sentido a la vida y construir algo grande y duradero si tienen a Jesucristo como centro de su existencia.

Os invito una vez más, queridos Hermanos, a caminar y actuar concordes en un espíritu de comunión, que tiene su cumbre y su fuente inagotable en la Eucaristía. México ha tenido la gracia de celebrar de manera solemne este gran Sacramento durante el reciente Congreso Eucarístico Internacional de Guadalajara. Estoy seguro de que este acontecimiento eclesial ha dejado profundas huellas en el pueblo fiel, que conviene seguir manteniendo como un tesoro de fe celebrada y compartida.

Sed promotores y modelos de comunión. Así como la Iglesia es una, así también el episcopado es uno, siendo el Papa, como afirma el Concilio Vaticano II, «el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de fieles» («Lumen gentium», 23). La comunión tiene también una enorme importancia pastoral, pues las iniciativas apostólicas rebasan cada vez

más los límites diocesanos y requieren mayor colaboración, proyectos comunes y coordinación en un País tan extenso. En él se acentúa la movilidad de la población y el incremento de grandes núcleos urbanos, que requieren una evangelización metódica y capilar (cf. «Ecclesia in America», 21).

Queridos Hermanos, antes de concluir este encuentro os aseguro mi profunda comunión en la oración junto con mi firme esperanza en la renovación espiritual de vuestras diócesis. Encomiendo todos estos deseos y también vuestro ministerio pastoral a la maternal intercesión de Nuestra Señora de Guadalupe. Llevad mi afectuoso saludo a vuestros sacerdotes, a los religiosos y religiosas, a los agentes de pastoral y a todos los fieles diocesanos. A vosotros y a todos ellos imparto con gran afecto la Bendición Apostólica.

Ciudad del Vaticano, jueves, 29 septiembre 2005

Discurso al cuarto y último grupo de obispos mexicanos en visita «ad limina»

V. Por una auténtica libertad religiosa en México

Señor Embajador:

Me complace recibirle en este acto en el que me presenta las Cartas que lo acreditan como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República de México ante la Santa Sede. Al darle mi cordial bienvenida le agradezco las amables palabras que me ha dirigido, así como el deferente saludo del Señor Presidente, Lic. Vicente Fox, al que correspondo rogándole que le transmita mis mejores votos de paz y bienestar para todo el pueblo mexicano.

Desde que en 1992 se establecieron relaciones diplomáticas entre México y la Santa Sede, se han producido notables avances, en un clima de mutuo respeto y colaboración, que han beneficiado a ambas partes. Esto anima a seguir trabajando, desde la propia autonomía y las respectivas competencias, teniendo como objetivo prioritario la promoción integral de las personas, que son ciudadanos de la Nación y, la gran mayoría de ellos, hijos de la Iglesia católica.

En este sentido, como usted ha puesto de relieve, un Estado democrático laico es aquel que protege la práctica religiosa de sus ciudadanos, sin preferencias ni rechazos. Por otra parte, la Iglesia considera que en las sociedades modernas y democráticas puede y debe haber plena libertad religiosa. En un Estado laico son los ciudadanos quienes, en el ejercicio de su libertad, dan un determinado sentido religioso a la vida social. Además, un Estado moderno ha de servir y proteger la libertad de los ciudadanos y también la práctica religiosa que ellos elijan, sin ningún tipo de restricción o coacción, como lo han expresado muchos documentos del magisterio eclesial y, recientemente, el Episcopado mexicano en el comunicado «Por una auténtica libertad religiosa en México». «No se trata de un derecho de la Iglesia como institución, se trata de un derecho humano de cada persona, de cada pueblo y de cada nación» (10-8-2005).

Ante el creciente laicismo, que pretende reducir la vida religiosa de los ciudadanos a la esfera privada, sin ninguna manifestación social y pública, la Iglesia sabe muy bien que el mensaje cristiano refuerza

e ilumina los principios básicos de toda convivencia, como el don sagrado de la vida, la dignidad de la persona junto con la igualdad e inviolabilidad de sus derechos, el valor irrenunciable del matrimonio y de la familia que no se puede equiparar ni confundir con otras formas de uniones humanas. La institución familiar necesita un apoyo especial, porque en México, como en otros Países, va mermando progresivamente su vitalidad y su papel fundamental, no sólo por los cambios culturales, sino también por el fenómeno de la emigración, con las consiguientes y graves dificultades de diversa índole, sobre todo para las mujeres, los niños y los jóvenes.

Una atención especial merece el problema del narcotráfico, que causa un grave daño a la sociedad. A ese respecto, hay que reconocer el esfuerzo continuo realizado hasta ahora por el Estado y algunas organizaciones sociales en la lucha contra esta terrible plaga que afecta a la seguridad y a la salud pública. No debe olvidarse que una de las raíces del problema es la gran desigualdad económica, que no permite el justo desarrollo de una buena parte de la población, llevando a muchos jóvenes a ser las primeras víctimas de las adicciones, o bien atrayéndolos con la seducción del dinero fácil procedente del narcotráfico y del crimen organizado. Por ello, es urgente que todos aúnen esfuerzos para erradicar este mal mediante la difusión de los auténticos valores humanos y la construcción de una verdadera cultura de la vida. La Iglesia ofrece toda su colaboración en este campo

Al considerar la historia de México se constata la vasta pluralidad de sus poblaciones indígenas, que durante siglos se han esforzado por conservar sus valores y tradiciones ancestrales. Como expresó mi querido predecesor el Papa Juan Pablo II en la canonización del indio Juan Diego en la Basílica de Guadalupe, «¡México necesita a sus indígenas y los indígenas necesitan a México!». En efecto, es preciso favorecer, hoy más que nunca, su integración respetando sus costumbres y las formas de organización de sus comunidades, lo cual les permita el desarrollo de su propia cultura y les haga capaces de abrirse, sin renunciar a su identidad, a los desafíos del mundo globalizado. Por ello, aliento a los responsables de las instituciones públicas a favorecer, desde una efectiva igualdad de derechos, la participación

activa de los pueblos indígenas en la marcha y el progreso del País. Es una justa e irrenunciable aspiración, cuya realización fundamentará la paz, que ha de ser fruto de la justicia.

No puedo dejar de referirme también a las próximas elecciones del 2006, que representan una oportunidad y un desafío para consolidar los significativos avances en la democratización del País. Es de esperar que el proceso electoral contribuya a seguir fortaleciendo el orden democrático, orientándolo decididamente hacia el desarrollo de políticas inspiradas en el bien común y en la promoción integral de todos los ciudadanos, atendiendo especialmente a los más débiles y desprotegidos. A ello se han referido los Obispos de México en su Mensaje ante el inicio del proceso electoral. El título del mismo, Fortalecer la democracia reconstruyendo la confianza ciudadana, indica muy bien las necesidades de la hora presente.

Ciertamente, la actividad política en México ha de continuar ejerciéndose como un servicio efectivo a la Nación, con el fin de promover y garantizar las condiciones necesarias para que los ciudadanos puedan desarrollar su vida en las mejores condiciones posibles. Se ha de fomentar el respeto a la verdad, la voluntad de favorecer el bien general, la defensa de la libertad, la justicia y la convivencia, en el marco del Estado de Derecho. Es largo el proceso a través del cual los pueblos se ejercitan en la corresponsabilidad propia de la democracia. Por ello son valiosos los esfuerzos gubernamentales, pero también los de tantas instituciones civiles y religiosas, universidades y asociaciones, orientados a fomentar una cultura de participación en la sociedad mexicana. La cohesión del tejido social se fortalece también cuando se presentan altos objetivos a los pueblos y se ponen a su alcance los medios para cumplirlos. Por eso, en el ámbito democrático, es urgente promover la creación de centros de formación ética y política en los que se aprendan y asimilen los derechos y deberes que incumben a cuantos quieren dedicarse al servicio de todos los ciudadanos.

Señor Embajador, al concluir este grato encuentro renuevo a usted y a su distinguida familia mi más cordial bienvenida, formulando los mejores votos por el éxito de la misión que ahora inicia en beneficio

de las buenas relaciones existentes entre México y la Santa Sede. Pido fervientemente a Nuestra Señora de Guadalupe que proteja al querido pueblo mexicano para que siga progresando por los caminos de la solidaridad y de la paz.

Ciudad del Vaticano, viernes, 23 septiembre 2005

Palabras de S.S. Benedicto XVI al recibir las cartas credenciales del nuevo embajador de México ante la Santa Sede Luis Felipe Bravo Mena



«Santa María, que bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe eres invocada como Madre por los hombres y mujeres del pueblo mexicano y de América Latina, alentados por el amor que nos inspiras, ponemos nuevamente en tus manos maternales nuestras vidas».

*...Reina en el corazón de todas la madres del mundo y en nuestros corazones.
Con gran esperanza, a ti acudimos y en ti confiamos.*

*Dios te Salve, María,
llena eres de gracia, el Señor está contigo.
Bendita tú eres entre todas las mujeres
y bendito es el fruto
de tu vientre, Jesús.
Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.
Nuestra Señora de Guadalupe
Ruega por nosotros*

BENEDICTUS P.P. XVI